—Y ¿qué es lo que deseas de él?

—Glauco ha sido para mí un amo lleno de generosa bondad: va á morir, y no puedo soportar la triste idea de que me juzgue ingrata, ni que pueda poner en duda mi reconocimiento. Salustio es amigo suyo, y se encargará gustosamente del recado.

—¿Te imaginas acaso que Glauco se encuentre ahora con la tranquilidad necesaria para pensar en su ciega esclava?

—Sosie, ¿quieres ser libre?—exclamó Nidia levantándose.—Hoy puedes alcanzar los medios de serlo; mañana será ya tarde.

El esclavo vaciló un instante, pero al fin consintió.

—Dame tus joyas—dijo—y yo me encargo de la carta. Pero, escucha: tal vez no te pertenecen; tú eres esclava.

—Son mias, porque Glauco me hizo el regalo para que hiciese de él lo que me pareciera. Por otra parte, él no necesita ya de nada, y no me reclamará lo que te doy.

—Basta. Voy á traerte el papiro.

Nidia, aunque ciega de nacimiento, sabia, como ya hemos visto, escribir.

Su padre le habia enseñado á formar las letras conduciéndole la mano, y la jóven se habia aprovechado tanto de sus lecciones, que escribia con sorprendente facilidad.

Pocos minutos necesitó para trazar la carta, que tuvo la precaucion de escribirla en griego, su lengua nativa, y que todo italiano, de un rango elevado, estaba casi obligado á saber.

Nidia arrolló cuidadosamente el papiro con un hilo á propósito, y cubrió el nudo con cera.

Hecho esto, lo puso en manos de Sosie, diciéndole:

—Sosie, soy ciega y prisionera; puedes, por lo mismo, engañarme fácilmente no llevando el escrito á su destino. Quiero, pues, que me prometas que no abusarás de mi confianza.

—Te lo juro por.....

—¡Silencio!..... No quiero tus juramentos. Recuerda solamente que ese escrito no te pone en peligro ninguno, con tal que lo lleves en secreto al amigo de mi amo. Ademas de las joyas que te he prometido, recibirás tambien de otra persona que se interesa por mí, una recompensa que te pondrá en posicion de gozar plenamente del beneficio de la libertad.

—Eres una jóven bien original: tú haces de mí lo que quieres; pero queda tranquila; tus deseos serán satisfechos.

La noche habia avanzado durante esta conversacion.

Sosie se despidió de la cieguecita.

Al marcharse no descuidó el echar la barra de hierro á la puerta, temiendo siempre que se le escapase la jóven.

Hecho esto, colocó las llaves en la cintura, se dirijió á su cuarto, se envolvió en un ancho manto capaz de cubrirle enteramente, y en seguida salió de la casa por una puerta del lado opuesto á la fachada, sin ser visto de nadie.

CAPITULO XLVII.

CASA DE SALUSTIO.—UNA ORGÍA EN ELLA.—LA ENCUBIERTA.
LAS SOMBRAS.—UNA SORPRESA.

Sosie marchaba á toda prisa hácia la casa de Salustio.

El temor de que Arbace le buscase y de que Nidia huyera, le ponian alas en los piés.

Por fortuna era de noche, y nadie le habia visto salir.

Halagado con la risueña dádiva de las joyas de Nidia, y con el seductor pensamiento de que al siguiente dia podria comprar su libertad, marchaba sin detenerse y con el rostro agachado para no ser conocido.

Pero entre tanto que él camina hácia la casa de Salustio, veamos lo que pasaba en esta.

Deseando el amigo de Glauco borrar de su mente el trágico fin que le esperaba al jóven ateniense en el anfiteatro al signieute dia, habia convidado á tres amigos suyos á conseguir el objeto á puro libar el jugo de las ricas cepas.

Como la mesa debia empezar desde las tres de la tarde, Salustio mandó poner en los patios las cortinas mas ricas que en todas las casas de los poderosos habia, destinadas á cubrir aquellos de los rayos del sol. Aquellas cortinas ó toldos, eran generalmente de lino teñido de púrpura, inventados en Asia, que daban un colorido seductor y encendido á las piezas.

Cuatro damas, mas bellas que pudorosas, entre las cuales se encontraban Frigia y Sostrata, habian concurrido tambien, invitadas por Salustio, que quiso sorprender á los convidados, presentándoles lo que les habia de gustar tanto como el vino.

Era ya de noche, y aun permanecian entregados á los placeres de la mesa en el *triclinium* de verano.

Salustio se habia colocado al lado de Frigia, la reina de aquella orgía, verdadera Bacante de provocativo seno, cuyo torneado y blanco brazo rodeaba el cuello del jóven libertino.

No era mas decorosa la actitud de Sostrata, que reclinada en el hombro de Lisipo le enviaba miradas incitantes.

Aquellas dos engañadoras sirenas, así como sus otras amigas, ostentaban ricos anillos en sus dedos, y preciosas cadenas de oro en sus cuellos.

Pero en aquellos anillos y cadenas se veian figuras que la decencia veda describir, y que como ya he dicho en otra parte de esta obra, llevaban las *cortesanas*, no solamente en sus alhajas, sino hasta en sus trages y adornos. ¡A tal grado de corrupcion habia llegado aquella sociedad, cuyas libres costumbres solo eran comparables con su refinado lujo!

En el peinado de sus luengas cabelleras se ostentaban algunas flores tan marchitas como su virtud y tan manoseadas como sus rostros.

En aquel *triclinium* se respiraba una atmósfera cargada de vino, de alientos impuros exhalados de corrompidos corazones, de palabras libres, de flores deshojadas y secas como sus ilusiones, de cabelleras desordenadas como sus costumbres, de senos medio desnudos como su ambicion, de miradas libres y licenciosas como su vida.

Era una verdadera orgía la que allí tenia lugar.

¡Así los amigos de Glauco ahogaban el dolor que les causaba su suerte!

—Amigos mios—dijo Salustio casi con los ojos cerrados por el vino y tropezando las palabras en la lengua,—para completar nuestros goces y placeres, pasemos al *venereum* donde nos servirán el mas exquisito jugo de las cepas, que acabo de recibir.

—¡Magnífico! Pasemos al *venereum*—exclamaron las damas.

El *venereum* era una pieza secreta, consagrada á las orgías; una de esas piezas mencionadas con frecuencia por Horacio, Petronio, Juvenal, Suetonio y otros autores antiguos.

El de la casa de Salustio, era, como hoy se ve, lujoso y espléndido.

La mesa estaba admirablemente provista.

Graciosos candelabros de bronce, enviaban á torrentes su luz sobre las brillantes copas y los generosos vinos que, en medio de fragantes ramos de flores se ostentaban.

Las paredes se veian cubiertas de enramada; pero dejando ver numerosas pinturas, no de la mas estricta moral, que adornaban aquel lugar de la licencia y de la liviandad.

Los asientos que se habian dispuesto eran de gran lujo, y estaban cubiertos de finas pieles y de mullidos almohadones.

Los convidados se sentaron, guardando el mismo órden con que los vimos en el *triclinium*.

Los vasos se llenaron, y la orgía comenzó con toda su fuerza.

Entre tanto Sosie, el esclavo que llevaba la carta de Nidia, llegó á la casa de Salustio, en cuya pared exterior habia una inscripcion.

Sosie puso los ojos en aquella inscripcion, y leyó estas palabras que aun existen:

C. SALLVST. M. F.

—Aquí es—dijo—y llamó á la puerta.

—¿Qué quereis?—le preguntó el portero abriéndola.

—Tengo órden de entregar yo mismo estos renglones á vuestro amo Salustio.

—Está bien—respondió el portero conociendo al esclavo, y creyendo que el escrito era de Arbace.—Conducid al *atrium* á este servidor del ministro de Isis—dijo el portero á otro esclavo—y marchad á saber si nuestro amo quiere recibirle.

Sosie, siguiendo al esclavo, pasó el vestíbulo, que era una pieza de espera para los clientes, y penetró en otra.

—Esperad aquí—le dijo su conductor.—Voy á pasar recado.

Sosie se quedó en el *atrium*, en que habia y existe un *compluvium* ó cisterna de piedra.

En medio se veia y aun se ve, una basa sobre la cual descansaba un soberbio grupo de bronce, representando á *Hércules alcanzando á la carrera la cierva*, que echaba agua por las narices en una concha de mármol griego. Esta pieza, una de las mas preciosas que han salido de las escavaciones de Pompeya, se encuentra al presente en el Museo de Palermo.

Detras de esta basa se veia una mesa de mármol verde, cuyos piés de rojo antiguo, tenia la forma de garras de águila.

Apenas acababa de quedar Sosie solo en el *atrium*, cuando oyó que tocaban á la puerta de la calle.

—Si será Arbace que ha descubierto la mision que traigo—pensó estremeciéndose.

—¿Quién es?—preguntó el portero.

—Abrid—dijo desde afuera una voz de muger.

—¿Será Nidia que ha logrado fugarse?—pensó Sosie.

El portero abrió la puerta, y preguntó á la que habia entrado, y cuyo rostro no podia ver, porque lo llevaba cubierto con un velo:

—¿Quién sois?

—Una convidada por tu amo Salustio para el festin, al cual no he podido venir hasta ahora.

El portero se quedó mirando con extrañeza el trage de la dama; pero como con frecuencia se repetian allí las escenas de que entrase toda clase de femeninas bellezas, exclamó:

—Pasad.

La dama penetró en la *Casa de Salustio*, cuya fachada presentaba muchas tiendas, entre las cuales se hacia notable una panadería; casa cuyo espacio ocupaba y ocupa un cuadrilátero irregular, y que fué desenterrada de 1805 á 1809.

Sosie, al escuchar los pasos de la que entraba, se ocultó detras del grupo de bronce, para ver si era Nidia. Cuando pasaba por el *atrium* y fijó los ojos en ella, se sorprendió. Habia oido decir que era una convidada por Salustio, y llamó su atencion el trage que vestia, como habia llamado la del portero.

Aquella muger llevaba una linda estola, y la estola no les era permitido vestir á las *cortesanas*, sino á las mugeres honradas; y las bellas que se hallaban con Salustio ya hemos visto á qué clase pertenecian.

Sosie fijó ademas la atencion en el aire distinguido de la que cruzaba en aquel instante el *atrium*, y se convenció de que no podia ser mas que una dama principal.

La encubierta pasó á poco por junto á tres piezas en que Salustio solia colocar á los huéspedes, y que se veian elegantemente decoradas. La primera, sobre todo, era y es notable por su friso, adornado de concavidades con pequeñas columnas jónicas, sosteniendo un cornisamento en triglifos, todo en relieve y de estuco.

Aquella muger, á pesar del aire resuelto con que habia entrado, parecia temer algo, segun el cuidado con que luego caminaba. Su marcha era incierta y recelosa, y se conocia que buscaba un objeto ó sitio que no sabia donde se hallaba, ó que no podia encontrar.

Despues de pasar el *tablinum*, un *lararío*, la *pinacoteca* ó sala de pinturas y otras varias piezas, la tapada se encontró en una galería sencilla, situada detras del *tablinum*, sostenida

por cuatro columnas y un pilar, y cubierta sobre el pórtico. Los capiteles de las columnas eran, como se ven actualmente, de fantasía, y pintados con vivos colores. Las aguas pluviales, cayendo del techo, eran recibidas en un conducto de piedra que se estendia en todo el largo del pedestal, sobre el cual descansaban las columnas.

La dama hizo alto allí como sobresaltada, y sin saber hácia qué lado tomar.

—¡Oh!..... es preciso desechar el miedo y recorrerlo todo—exclamó despues de un instante de irresolucion; y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, la dama tomó á la izquierda del vestíbulo donde se encontraba una salida secreta (*posticum*) y un gabinete de recreo; cruzó la *exedra* ó sala de congregacion, bella y espaciosa, rodeada de asientos, despues de la cual se encontraba y se encuentra un pórtico decorado de diversas columnas de estuco, donde se veia á la izquierda un baño doméstico con su fuente que saltaba de la pared, y al fin llegó al elegante *triclinium* de verano en que tuvo principio la orgía.

—Hace poco que han estado aquí—dijo viendo sobre la mesa los vasos y observando los almohadones de las camillas de piedra; camillas que aun se conservan allí mismo.

De repente, estrepitosas carcajadas llegaron á su oido.

La encubierta reconoció en aquellas carcajadas el sonido de las voces de hombres y mugeres mezclados.

—Sin duda están en el *venereum*—dijo—y la misteriosa muger se acercó de puntillas, y dirijió la vista por entre la puerta del *venereum* que estaba entornada y una cortina, hácia el interior de la pieza.

Sus ojos buscaron con avidez un objeto.

De repente sus miembros se estremecieron, y su rostro se cubrió de una palidez mortal.

—Emperador mio—dijo Frigia acercando sus provocativos labios casi al rostro de Salustio, y fijando en sus ojos casi apagados por el vino, los suyos grandes y negros—¿no quieres enviarme á mi casa algunas ánforas de este precioso licor que acabas de servirme?

—Te enviaré cuanto quieras, y os convido á todos para otro banquete que dedico á Lúdio, en premio de un ramo de flores que me ha enviado confeccionado con un narcótico dispuesto por él, que sumerje en un profundo sueño á la que aspira su perfume.

—Pues qué, ¿tratas de rendir por ese medio, alguna belleza inespugnable?—preguntó Frigia.

—No.....—contestó Salustio, procurando no dar á entender el fin que se habia propuesto con aquel ramo, y que el lector habrá comprendido que era para triunfar de Nicea—pero es digno de festejo el descubrimiento.

—Yo, por mi parte—dijo Lúdio—agradezco tu obsequio, admito la invitacion, y me voy á tomar la libertad de traer ese dia una *sombra*.

—Mis amigos pueden traer las *sombras* que gusten.

Aunque las invitaciones se hacian por escrito, era costumbre que el convidado podia presentarse con algun amigo al convite. A estas personas inesperadas se les daba el nombre de *sombras*, porque eran como la sombra del cuerpo de los que le presentaban; pero era político llevar pocas *sombras*.

—Yo tambien traeré una *sombra*—dijo uno de los convidados—para que pruebe de este delicioso vino.

—Bien—exclamó Salustio casi dormido y reclinando la cabeza sobre la mesa—y el banquete lo daré en mi *triclinium* de invierno que presenta todas las comodidades que pueden apetecerse, y que está abierto del lado del pórtico.

—¿Vendrás tú, querido Lisipo?—dijo la bella Sostrata, reclinándose sobre el pecho del cuestor, con el rostro hácia arriba, y dejando casi descubierto el blanco seno.

—Vendré si tú lo quieres—contestó Lisipo, poniendo los labios sobre la cabellera rubia y destrenzada de Sostrata.

La tapada se estremeció de nuevo, y en su rostro se pintó un rasgo de ira.

La escena que presenciaba sin ser vista, parecia avergonzarla y desgarrarle el corazon.

Allí no habia mas que liviandad y torpeza.

—Mi emperador ha quedado dormido—dijo Frigia oyendo roncar á Salustio, de quien ya habia recibido un gran bolsillo de monedas de oro—¿quereis que pasemos á mi casa para completar la noche?

—Sí—contestó Lisipo—pero será bueno que pasemos al peristilo para ver si se olvida de nosotros y se acuesta en su cama.

—Corriente—contestaron todos—marchemos al peristilo.

La encubierta, alarmada y temerosa de ser vista, huyó precipitadamente á esconderse en la primera pieza que encontró.

Precisamente era uno de los dos gabinetes próximos al peristilo.

Aquel gabinete estaba pavimentado de mármol. En sus paredes se veia una sorprendente pintura representando *Marte y Vénus*, y los *Amores jugando con las armas del dios*. Tambien se encontraba en el mismo gabinete un larario de mármol, coronado de un frontispicio, dentro del cual se veia un ídolo de bronce, un vaso de oro que pesaba noventa y cinco marcos, y algunas monedas de Vespasiano, objetos que fueron hallados allí mismo al hacer las escavaciones, así como en el *triclinium* de invierno se encontraron una rica lámpara de bronce de doce picos en forma de barco, y algunos penates. En el otro gabinete, cuyo pavimento era de mosaico, se veian dos pinturas que hoy se encuentran en el Museo, y una magnífica cama de metal blanco, rodeada de columnas de bronce y de ricas colgaduras.

Aquella pieza era la alcoba de Salustio.

La encubierta se colocó detras del larario.

—No andes tan aprisa, Lisipo, que mis rodillas se doblan—dijo Sostrata echando su brazo al rededor del cuello del jóven.

—Le llevaremos en medio—exclamó Frigia colocándose al otro lado de Lisipo, y colocando su brazo sobre el hombro del favorecido.

Diciendo esto salieron del *venereum*, y salvando el corredor que tenia una puerta en cada extremidad, entraron á un peristilo, formado de ocho columnas octógonas, pintadas de rojo, rodeando tres de sus lados un jardincito. Las paredes de este peristilo estaban decoradas de elegantes pinturas sobre fondo negro, con arquitecturas, pájaros, faunos y otra porcion de figuras vistosas. En la pared que formaba el cuarto lado, se veia una pintura representando á Acteon.

Esta pintura, que se conserva bastante bien hasta el presente, es una de las mas grandes halladas en Pompeya, y ofrece, á manera de las pinturas de la edad media, una doble escena en un solo cuadro. A la izquierda se ve á *Acteon sorprendiendo á Diana en el baño;* y á la derecha, al *infortunado cazador destrozado por sus perros*. En las demas paredes se veian y aun se ven, *Faunos y Bacantes, El robo de Europa, y Friox y Hele atravesando el Helesponto*.

—Mirad, querido Lisipo—dijo Sostrata deteniéndose delante de una de las pinturas.—

Mirad al cazador Acteon sorprendiendo á Diana en el baño. ¿Cuánto dieras por sorprender á tu Agripina como sorprendió Acteon á Diana?

La encubierta, dejando el larario, se acercó á la puerta, ocultándose detras de esta.

—No se hable de la virtud donde reina el vicio—exclamó Lisipo—dejemos, pues, á Agripina, que es el limpio espejo del pudor, y gocemos de las bellezas presentes.

Y al decir esto, Lisipo colocó su ardiente boca en la frente de la *cortesana*.

Una exclamacion de indignacion se escapó de los labios de la encubierta.

—¿Quién ha lanzado ese ay?—preguntó Frigia.

—Y ha sido de muger—advirtió Lisipo.

—¿De dónde ha salido?

—De aquel gabinete.

—Sin duda Salustio tenia oculta otra muger; por eso se ha fingido dormido; para que nos fuésemos dejándole solo.—Dijo Frigia.

—Sí;—contestó Lisipo—entremos, pues, á conocer á la oculta dama.

La encubierta se creyó perdida, y se volvió á ocultar detras del larario.

Todos penetraron al gabinete en que estaba.

Lisipo marchaba por delante.

La encubierta quiso huir; pero le fué imposible.

Lisipo le tenia sujeta por el brazo.

—Sepamos quién sois, bella tapada—exclamó Lisipo tratando de levantar el velo que la cubria.

La tapada llevó la mano al velo, impidiendo á Lisipo su intento.

—¿Os resistís? Pues es en vano. Todos los que aquí estamos tenemos curiosidad de saber quién sois, y no os dejaremos hasta que no os destapeis—advirtió Lisipo.

—Bien; pero á vos solo—dijo la encubierta.

—Corriente. Amigos mios, esperad un instante: esta hermosa solo quiere descubrirse á mí, y es preciso que respetemos su voluntad: despues yo os diré quién es.

—Bueno, bueno; que se descubra á vos.

La tapada entonces salió del gabinete, y se dirijió al peristilo.

Lisipo, para que no huyese, la llevaba afianzada del brazo.

La encubierta marchó hácia una columna en que daba un poco de luz.

—Descorred esa nube que tapa el cielo de vuestro rostro—dijo con ansiedad Lisipo.

—¿Lo exijis?

—Lo exijo.

—¿No hay piedad?

—No la hay.

—Pues bien. Vedme—dijo la dama levantando el velo.

Lisipo dejó escapar una esclamacion de asombro, y soltó el brazo de la encubierta.

—Ahora—dijo esta volviéndose á cubrir—olvidaos de mí para siempre.

Y al pronunciar estas palabras se dispuso á salir.

—¡Oh!..... no: no saldreis de aquí hasta que no sepa á qué habeis venido—exclamó Lisipo dominado por una idea espantosa.—Os encuentro en la casa de un libertino; enfrente á la alcoba que él ocupa: ¡Oh!..... decidme..... decidme á qué habeis venido.

—Unís á la liviandad, el insulto á la virtud.

—¡La virtud!..... ¡Y os hallo en la casa en que no se alberga! Acabemos de una vez; ¿á qué habeis venido?.....

—A conoceros: á desengañarme por mis ojos de lo que no creia mi corazon.

—¿Qué quereis decir?

—Dejásteis caer en mi casa una invitacion que os hizo Salustio para esta noche; yo la encontré y la leí ruborizada de verguüenza, y resolví saber todo lo que valíais. Tened esa invitacion, y dejadme salir.

La encubierta sacó un papiro que entregó á Lisipo, y dió algunos pasos para marchar.

Los que habian permanecido retirados, esperando el desenlace, se aproximaron al ver que la encubierta se iba, y trataron de impedir su salida.

—¡Ay de aquel que se atreva á cerrarla el paso!—exclamó Lisipo con acento amenazador, defendiendo á la encubierta.—Dejadla salir.

A la voz y actitud amenazadoras de Lisipo, todos abrieron paso á la encubierta.

Lisipo quiso acompañarla.

—Os prohibo que me sigais; os lo prohibo—exclamó con imperioso acento la encubierta.

Lisipo no se atrevió á dar un paso.

La misteriosa dama salió del peristilo sin que nadie osase seguirla.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Quién es esa muger?—le pregutaron todos rodeándole.

—¿Es una favorita de Salustio que se ha indignado por verse descubierta?—interrumpió Sostrata queriendo apoderarse del escrito.

—¡Dejadme, infames..... dejadme!—exclamó Lisipo rechazando indignado á Sostrata.—¡Ah!..... Es preciso que yo la alcance..... que yo la hable.....

Y Lisipo, sin dirijir la mirada á nadie, salió del peristilo, y se dirijió á la calle.

—Te ha abandonado tu amante—dijo riendo Frigia á Sostrata.

—A mí poco me importa que él me abandone; lo que siento es que me hayan abandonado las monedas que de él pensé recibir.

—Ya volverá mas tarde. Vamos, pues, á mi casa, que no faltará, si no viene, quien ocupe su lugar.

—Sí; marchemos.

Las cuatro damas, acompañadas de los individuos que quedaban, salieron por la puerta que daba á la callejuela vecina en que vivia la cristiana Eutiquia.

Entre tanto, Lisipo habia alcanzado á la encubierta en el instante en que esta llegaba á la puerta de su casa.

Aquella casa, que lleva el nombre de *Casa de Diana*, tenia una salida por la *Calle del Teatro*.

La encubierta se detuvo antes de llamar.

—Retiraos—dijo á Lisipo.—Me habeis seguido á pesar de mi órden.

—¡Ah!..... permitidme que entre para disculparme.

—¡Jamas!.....

Lisipo quedó como herido de un rayo.

La encubierta llamó á la puerta.

Esta se abrió, y la dama se alzó el velo.

Era Agripina; la prometida de Lisipo.